



DISCURSO II

Jesucristo Sacramentado

*merece de justicia un culto supremo de latría;
y en nuestros días, más que nunca, se hace
preciso que este culto sea tributado por los ca-
tólicos y presenciado por los indife-
rentes y ateos.*

*Dignus est agnus, qui occisus est, accipere virtu-
tem, et divinitatem, et honorem, et gloriam, et be-
nedictionem.*

Apoc. V, 12.

Digno es el cordero que fué muerto de recibir vir-
tud y divinidad y sabiduría y fortaleza y honra y
gloria y bendición.

1. Dios; el hombre; la creación. Dios autor del hombre; el hombre rey de la creación; la creación puesta al servicio del hombre á la manera que el hombre está colocado al servicio de Dios. He aquí en pequeña síntesis el admirable orden de todo lo existente, su causa, su efecto, y su consonancia gratísima. Dios; ese Ser supremo y necesario, eterno é inmenso, omnipotente y santo, feliz en sí mismo, para cuya gloria bastan los fulgores de su existencia, irradió su infinita belleza en el espacio, y en la última de sus lindas creaciones, como si quisiera hacer un exacto compendio de todas ellas, formó al hombre á quien puso entre sí y los demás seres, precisamente para que, conociendo la superioridad que ejercía sobre éstos, notase al propio tiempo su dependencia de Aquél. El hombre, pues, colocado á tanta altura, hecho señor de la creación y súbdito del Creador, debería gozar de

relaciones íntimas con ambos, debería armonizarse perfectamente con ambos para ser feliz, de suerte que bastase el rompimiento con uno de ellos para dejar de ser dichoso, pero que fuertemente atado, íntimamente enlazado con los mismos sería capaz de satisfacción inmensa. No le basta, pues, al hombre volver sus ojos suplicantes á la tierra para en ella estacionarlos; es indispensable que los dirija al cielo, de donde tanta dicha le ha venido, para dar gracias al Ser supremo que le creara y solicitar su apoyo y protección.

Éste es sin duda el fundamento sólido del culto que merece el Ser Supremo y que el hombre debe prestarle en todo tiempo. Dios, en razón de creador, exige del hombre, su criatura, acatamiento profundo y homenaje espléndido. El hombre, en concepto de súbdito suyo, debe necesariamente reconocer á su Señor y, á más de amarle íntimamente, necesita demostrar este amor con actos de humilde adoración. «Adorarás á tu Dios y á Él sólo servirás» (1). Quien no rinda su entendimiento á esta primera verdad del orden natural, quien no doble su cerviz ante el acatamiento divino podrá divagar por todos los mundos posibles, si quiere, pero no estará en la verdad, no será nunca dichoso.

2. Y lo que acabo de apuntar respecto al hombre, considerado individualmente, débese afirmar del hombre social. La sociedad, no menos que la familia y el individuo, necesita dar un culto supremo al Hacedor. No hay, no puede haber distinción formal, en cuanto á este asunto respecta, entre el individuo y la sociedad, porque el hombre no fué creado para sí propio, sino para los demás; y si Dios le creó, no individual sino socialmente, dándole una grata compañera; y si á éstos dió hijos semejantes á ellos, es evidente que á todos y á cada uno por separado constriñe el deber de tributar el culto supremo. Pero no basta, no, en manera alguna, que cada uno de los hombres por separado, en el retiro de sus aposentos ó en el santuario de sus conciencias eleve al Increado el incienso de su adoración; porque si la

(1) Math. IV, 10.

creación toda debe reconocer á Dios como á su Autor, y si le precisa darle culto, y si el hombre es la expresión del universo, su alma y su caudillo, debe, en nombre de ese mismo universo á él confiado, rendir á su Señor los tributos de su amor y de un homenaje público. Ved aquí también el fundamento natural del deber que tiene la sociedad de adorar públicamente al Criador. Lejos de todo hombre culto y sensato, esa distinción ilógica y absurda que algunos han establecido entre el individuo y la sociedad, creyendo que ésta no está obligada á dar culto al Eterno como lo está el individuo, porque semejante desvarío, sólo puede ocurrirse á cualquiera que nunca examinó los fundamentos sociales.

3. No vengo yo ahora á amontonar citas bíblicas, en las cuales admiraríamos el mandato del Altísimo, impuesto á los individuos, á las familias y á las sociedades, de adorarle cumplidamente. El testimonio del pueblo hebreo tan rehacio siempre hacia la Majestad divina, y las pruebas evidentes que nos muestran todos los pueblos idólatras que no bebieron todavía las aguas de la verdadera doctrina, ó que si alguna vez la bebieron fué enturbiada y corrompida por sus descendientes, prueban hasta la saciedad el dogma de que me vengo ocupando. Más aun: el culto que en los primeros siglos del mundo se tributó al Criador por el pueblo predilecto fué siempre público en sí mismo y en todas sus circunstancias; tenía el carácter de la publicidad, y hubiera sido reo de majestad lesa quien hubiera intentado darle cualquiera otra forma; lo cual no prueba el fanatismo de los descendientes de Heber, sino la prescripción divina de que así se efectuase, y la rendida obediencia de los hebreos. Enó comienza á invocar el nombre del Señor é instituye el culto divino público (1), Malaleel lo continúa de un modo especial (2). Noé, apenas sale del arca, erige un altar y ofrece sacrificios al Señor (3). Abraham presenta suaves

(1) Genes. IV, 26.

(2) Su nombre significa: loador de Dios.

(3) Genes. VIII, 20.

holocaustos en el mismo lugar donde el Eterno se le había aparecido (1). Melquisedec, Aarón, Helí y los sucesores de éstos, dan públicamente al Dios de los altares el testimonio de su obediencia y la ofrenda de su gratitud. ¿Qué son y significan Bethel, Silo y Moria, y más tarde Jerusalén, sino lugares famosísimos donde los israelitas tributaban públicamente al Eterno un culto supremo? Las historias sagradas de los pueblos idólatras, aun aquéllas que se hallan mezcladas con errores los más espantosos, acreditan la universal idea del culto divino público encarnada en todo el género humano, y todavía admiramos hoy con horror la celebración de ciertos sacrificios humano-sangrientos llevados á cabo por los idólatras, cuya sencilla descripción horripilaría al hombre más despreocupado.

4. Este culto que el hombre debe á la Divinidad se sintetiza en la *Adoración*, acto solemne que se ordena á la reverencia del adorado, (2) y que cuando lo dirigimos al Eterno es un bellissimo acto de Religión con el cual le damos culto de *latria*, ó sea el sublime culto que podemos tributarle. Ese momento supremo en que todo el hombre se prosterna ante la Majestad divina, en que al propio tiempo que dobla sus rodillas en el suelo é inclina su frente sobre sí humilla las potencias de su alma recordándole con su memoria, y reconociéndole en su entendimiento, y amándole con su voluntad, y distinguiéndole de los demás seres en el fin de la adoración, es el momento en que el ser humano es más grande, puesto que se halla más cerca de su Autor. Nunca deberá el hombre confundir las adoraciones que tributamos á la Omnipotencia con la veneración que suele dar á la Virgen María y á los santos, y mucho menos con el culto civil que damos á nuestros semejantes, en dignidad constituídos; pues si para los primeros tiene la Iglesia ordenado un culto particular, diverso del que ofrece á Dios: la educación cristiana ofrece para los segundos el llamado comúnmente civil; y así como los jóvenes Ananías, Misael y Azarías se resis-

(1) Id., cap. XV.

(2) D. Thomás 2.^a 2.^a, q. 84; a. 1.

tieron á adorar la rica estatua de Nabucodonosor, y así como el humilde Mardoqueo jamás quiso prosternarse ante el orgulloso Amán porque se les exigía lo verificasen con culto de *latría*, así también el católico debe resistirse siempre á tributar á los seres criados las adoraciones que sólo debe á Dios.

5. Pero acerquémonos un poco más á nuestro asunto. Si la adoración suprema que acabo de explicar se debe única y exclusivamente al Eterno: su Hijo divino, el Verbo del Padre y figura de su substancia, Dios verdadero, exige también del hombre los mismos homenajes de *latría*. Esto es indudable. Mas el Verbo habitó entre nosotros, vestido de nuestra pobre carne, en la augusta y Divina Persona de Jesucristo; luego la augusta y Divina Persona de Jesucristo merece de justicia la adoración suprema; y como el Salvador del mundo, usando de los tesoros de su bondad y de su sabiduría y de su omnipotencia, quiso ocultar su augusta Persona tras los blancos velos de un Sacramento admirable: he ahí por que *este Sacramento Santísimo, en el que se halla real y verdaderamente el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, merece de justicia este mismo supremo culto*; lo cual constituirá la 1.^a parte de la proposición, siendo mi propósito probar en la 2.^a que *en nuestros días, más que nunca, se hace preciso que el referido culto sea tributado por los católicos y presenciado por los indiferentes y ateos.*

Texto *ut supra*.

PARTE 1.^a

6. No hay duda que en Jesucristo, los vivos esplendores de la Divinidad quedaron admirablemente velados en su Cuerpo sacratísimo, pero que no por eso fueron menos refulgentes. Su Humanidad sagrada, brillante aureola en la que el Verbo quiso ocultar su Personalidad divina, no era ciertamente menos digna de adoración suprema que la misma Divinidad, puesto que sin ella no podríamos gozar de la bellísima Persona de Jesucristo. Siendo la unión hipostática, según los teólogos, la comunicación del divino

Ser, hecha por el Verbo, á la humanidad la cual tomó en su subsistencia; y resultando de esta prodigiosa unión un solo supuesto, Jesucristo, Personalidad divina: es evidente asimismo que la santa Humanidad de nuestro Señor Jesucristo, en cuanto está unida al Divino Verbo, debe adorarse con un culto de *latría* absoluto. El vate coronado, contemplando en espíritu al Santo de los santos humanado, afirmó de Él que le adorarían todos los reyes de la tierra, (1) y que todos los gentiles, por Él formados, vendrían y le adorarían en su presencia, y glorificarían su nombre, (2) y le servirían (1) á satisfacción suya: hermosa profecía que nunca pudo realizarse sino en Jesucristo, á quien, no sólo los monarcas de la tierra, sino el orbe en general han prestado rendimiento profundo y vasallaje perfecto.

Mas no se crea que son estos los únicos testimonios que auguraban las adoraciones que los hombres, llegada la plenitud de los tiempos, ofrecerían al Salvador. El mismo profeta vaticinó que los reyes de Tarsis, de Arabia y de Sabá, le adorarían y le presentarían excelentes dones: (3) vaticinio que se cumplió á la letra cuando los Magos adoraron á Jesús recién nacido; é Isaías no pudo decir una palabra más en obsequio del culto que todo el universo tributaría al Salvador (4).

Pero vengamos á examinar otros testimonios todavía más precisos que los anteriores. S. Pablo, el abanderado de Jesucristo, refiriéndose al divino Redentor, enseña que fué obediente hasta la muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó y le concedió un nombre que está sobre toda denominación, de suerte que al nombre de Jesús debe doblarse toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y en los infiernos (5). Ahora bien; si sólo á la palabra Jesús debe hincarse toda rodilla, ¿cómo no deberá ejecutarse otro tanto y con mayor razón con la Humanidad sagrada del Hombre-

(1) Ps. 71, 11.

(2) Ps. 85, 8.

(3) Ps. 71, 10.

(4) Cap. 42.

(5) Ad Philip. II.

Dios? Pero adviértase, además, que si el Padre exaltó y otorgó un santo nombre á su Hijo encarnado, fué en recompensa de sus propios méritos; y Jesucristo, en efecto, únicamente mereció como hombre, porque nunca pudo merecer como Dios, quien es infinitamente santo. Luego necesariamente, la sagrada Humanidad de Jesucristo merece las adoraciones supremas de latría, significadas por la genuflexión.

Si quisiera discurrir por la tradición cristiana, tropezaría á cada paso con testimonios evidentes acerca del dogma que nos ocupa. Yo no quiero insertar más de uno. S. Juan Damasceno dice á este respecto: «Adoramos á un solo Dios perfecto y Hombre perfecto con el Padre y el Espíritu, juntamente con su inmaculada carne, con una sola adoración; y haciendo esto no servimos á la criatura, pues no adoramos á la carne desnuda, sino en cuanto ésta se halla unida á la Divinidad (1)» y el V de los concilios generales anatematiza á todo aquél que introdujese dos adoraciones distintas, ordenando que se adore con una sola adoración al Verbo encarnado con su propia carne.

7. Todos los hermosos pasajes del santo evangelio se hallan en perfecta armonía con el dogma consolador que acabo de proponer. No fueron únicamente los rudos pastores, quienes, dominados de gran alborozo, entraron en la humilde gruta de Belén á prosternarse devotos ante el Dios Niño envuelto en pañales; no fueron sólo los sagrados reyes magos quienes de lejanas tierras y en seguimiento de una rutilante estrella rindieron gozosos sus cervices al Salvador, y besaron rendidos sus tiernas carnes, porque lo uno pudiera alguien atribuirlo á efecto de entusiasmo y lo otro á preocupación de antiguos astrólogos. Fué también el inmundo leproso quien, adorando al Salvador, al propio tiempo le decía:—Señor, si queréis podéis limpiarme (2).—Fué también la confiada Cananea que, á pesar de ser rechazada dos veces por Jesucristo, se prosternó en el suelo, y ado-

(1) Lib. III de fide.
(2) Math. VIII. 2.

rando al Salvador le suplica:—Señor, valedme (1).—Fueron también todos los pescadores que se hallaban juntos con Jesús en el barco, quienes, al ver con espanto que el tempestuoso viento cesaba á su imperiosa voz, estremecidos le adoraron, diciendo:—Verdaderamente que Éste es el Hijo de Dios (2).—Fueron, en una palabra, tantos ciegos que vieron, tantos sordos que oyeron, tantos mudos que hablaron, tantos enfermos que sanaron, y tantos muertos resucitados al solo impulso de su mágica palabra, quienes, reconocidos, adoraron á Jesucristo, y, dándole miles de gracias, se convirtieron á su doctrina. El mismo Salvador, en sabia contestación que dió al infernal espíritu, cuando éste, llevado de luciferina soberbia, intentó que Aquél le adorara, ¿no le dijo:—Al Señor tu Dios adorarás y á Él solo servirás (3)?—Y ¿quién es este Señor sino Aquél de quien el real profeta escribió:—Dijo el Señor á mi Señor, esto es, al Cristo venidero: Siéntate á mi derecha, hasta que ponga á tus enemigos por peana de tus pies (4)?—Ciertamente, Jesucristo fué adorado con culto supremo de latría, por todos aquéllos que le conocieron y á quienes una ráfaga de luz divina permitió distinguir al Salvador.

8. Hemos entrado ya de lleno en la doctrina que nos hemos propuesto desarrollar. Si la sagrada Humanidad de Jesucristo Señor nuestro mereció ser adorada y de hecho lo fué, según acabamos de observar, mientras transcurrió el curso breve de su vida mortal; asimismo deberá ser adorada en el Sacramento del Altar donde por fuerza divina misteriosa se halla tan realmente presente, como lo está ahora glorificado en el cielo. Estudiemos el asunto:

Jesucristo en el Sacramento del amor es absolutamente el mismo Jesús que está actualmente sentado á la diestra de Dios Padre. Su mismo santísimo Cuerpo, su misma purísima alma, su misma excelsa Divinidad, con la misma vida riquísima que le es peculiar, con las propias virtudes exce-

(1) Id. XV, 25.
(2) Id. XIV, 33.
(3) Math. IV.
(4) Ps. 109.

lentísimas que le adornan, con los propios atributos perfectísimos que le caracterizan como Dios, son los que poseen en la bella Eucaristía, así como son también los que poseen en la inefable gloria. La diferencia está en la forma; en el cielo se halla en estado de gozo beatífico, y en el Altar en estado de víctima aceptable. La diferencia está, además, en el modo, porque si en el cielo está como en lugar, siendo visible á todos los cortesanos angélicos, en la Eucaristía se halla á modo de substancia espiritual, invisible al ojo humano. Los accidentes eucarísticos velan de un modo milagroso la real Persona de Jesucristo, accesible únicamente á los seres humanos á quienes Dios favorece con semejante gracia. Si pues la fe nos asegura infaliblemente que después de la consagración del pan y del vino se halla realmente bajo ambas Especies eucarísticas el verdadero Cuerpo y la verdadera Sangre de nuestro Señor Jesucristo, juntamente con su alma y Divinidad, (1) esto es: la real Persona divina de nuestro Señor Jesucristo; y si por otra parte, esta sagrada Persona merece ser adorada con el supremo culto de latría, resulta á todas luces clarísimo que Jesucristo en la santa Eucaristía debe ser adorado con ese mismo culto supremo.

9. En efecto; la bella liturgia apostólica, trazada simbólicamente por S. Juan en su Apocalipsis, nos declara cual sea el culto que debe tributarse á Jesucristo Sacramentado. Es preciso que transcriba sus propios vocablos. «Y miré y vi en medio del trono y de los cuatro animales un cordero así como muerto... Y cuando hubo abierto el libro, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se prosternaron delante del Cordero, teniendo cada uno arpas y copas de oro llenas de perfumes... Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres Señor de tomar el libro y de abrir sus sellos porque fuiste muerto y nos has redimido para Dios con tu sangre. Y vi y oí voz de muchos ángeles al rededor del trono, y de los animales y de los ancianos, y era el número de ellos millares de millares, que en alta voz decían: Digno es

(1) Trid. sess. XIII, cap. 3.º.

el Cordero que fué muerto de recibir virtud y divinidad y sabiduría y fortaleza y honra y gloria y bendición. Y á toda criatura que hay en el cielo y sobre la tierra y debajo de la tierra y cuanto allí existe, oí decir á todas: Al que está sentado y al Cordero: bendición y honra y gloria y poder en los siglos de los siglos. Y los cuatro animales decían: Amén. Y los veinticuatro ancianos cayeron sobre sus rostros y adoraron al que vive en los siglos de los siglos» (1). Magnífico cuadro, todo él lleno de luz divina y de unción santa, porque si denota el culto que los ángeles y santos tributan al Señor en el cielo, ese Cordero que fué muerto y que nos redimió con su preciosa sangre, es la Divina Persona de Jesucristo que recibe las adoraciones de tantos cortesanos bienaventurados; pero si como enseñan los santos PP. y lo parece significar el génesis del mismo Apocalipsis, es dicho libro una hermosa profecía de los sucesos considerables de la Iglesia: ¿qué significa el cuadro descrito, sino la norma de la liturgia eucarística del tiempo de los apóstoles, en la que ese mismo Cordero estaba Sacramentado en el Altar, recibiendo el puro incienso de manos de los sacerdotes, las fervientes oraciones de los fieles y las gratas alabanzas y adoraciones de todos los cristianos? No hay duda que esta segunda opinión sea la más aceptada, aun de los mismos protestantes, cuyas blasfemias heréticas se estrellan contra estas magníficas lecciones del Apocalipsis.

Mas, si para alguno no fuera claro del todo el testimonio precedente, entonces le llevaría yo de la mano á la inmensa biblioteca de los santos padres y, tomando á S. Juan Crisóstomo, leería: «Considerad cuál sea la mesa del rey: los ángeles son los servidores: el rey allí está; si vuestros vestidos están limpios, *adoradlo y comulgad* (2).» Vería las catequesis de S. Cirilo, y notaría que añaden: «Llégate inclinado á modo de adoración (3).» Ojearía las homilias de Orígenes y encontraría que me advierten: «Cuando asistáis

(1) Cap. V.

(2) Hom. 16 ad pop. Antioch.

(3) 5.ª.

á los sagrados Misterios y vayáis á recibir el Cuerpo del Señor, guardadle la *veneración* debida (1)...» Estudiaría, finalmente, al Agustino, el cual, sin rodeos de ninguna clase, atestigua que nadie comía en su tiempo de la santa Carne sin antes adorarla (2). Así todos los santos padres. Fijemos ahora nuestros ojos en un monumento secular eclesiástico que despide fulgores los más intensos para estudiar á fondo nuestro dogma católico. Consiste en las elevaciones de la Hostia y el Cáliz en la Misa. Esa ceremonia litúrgica, para cuyo uso exige la Iglesia las atenciones de todos los cristianos y el empleo de diversos utensilios religiosos, prueba á no poder más la tradición constante de adorar á Jesús Sacramentado. Bien sé que la referida ceremonia no fué instituída en la Iglesia latina hasta principios del siglo XIII con motivo de los sofismas sacramentarios, y que se instituyó con el fin de proclamar el triunfo de la eterna verdad sobre el caduco error; pero también sé que mientras no existieron herejías directas contra la Sagrada Eucaristía, que fué durante los doce primeros siglos de la Iglesia, se adoraba á Jesús Sacramentado en muchas iglesias poco antes del acto de la Comunión, como al presente es usado por los griegos, y en todas cada vez que era presentada la santa Hostia ó el sagrado Cáliz al comulgante. Mas, cuando después de Berengario, sus desdichados prosélitos quisieron negar ó poner en duda la realidad del dogma eucarístico, entonces la Esposa del Cordero, con toda la plenitud de su poder, ordenó la elevación de las sagradas Especies en la Misa, precisamente para que el pueblo asistente, con la humildad y acatamiento interno y externo posibles, las adorasen: costumbre justa, costumbre santa, costumbre sapientísima, que ha venido hasta nuestros días desarrollándose sin interrupción con el aplauso de los buenos católicos.

Y no sólo la Iglesia latina adoró públicamente á Jesucristo Sacramentado en la elevación mencionada y demás actos litúrgicos, como exposiciones y procesiones eucarísticas:

(1) Hom. 13, in Exod.

(2) In. Ps. 98.

es también entre los orientales donde se adoró y se adora siempre al Salvador presente en el altar. De una parte, ¿qué son y significan las liturgias de los griegos, de los coptos, de los etíopes, de los sirios, de los nestorianos y demás pueblos orientales donde se ordena la adoración de la santa Eucaristía en la Misa, sino el testimonio perpetuo de la fe profunda en Jesús Sacramentado y de la práctica devota de aquellos pueblos en adorarle? De otra, en muchas de esas iglesias, ¿no se hace una larga profesión de fe sobre la presencia real antes de recibir la Hostia santa?

Para tranquilidad de las conciencias perturbadas, para confirmación de la fe en los débiles, para el aumento de la misma en los fuertes y confusión de la herejía proterva, el Tridentino puso el sello á la doctrina que en los antecedentes párrafos he venido sustentando. Enseña que el Unigénito Hijo de Dios, en el santo Sacramento de la Eucaristía, debe ser adorado con culto de latría, venerado con festiva y peculiar celebridad, llevado solemnemente en procesión, según el laudable y universal rito y costumbre de la Iglesia, expuesto al pueblo para que se le adore, y que sus adoradores no son idólatras; después de lo cual anatematiza á quien dijera ó enseñara lo contrario (1). He aquí, pues, en toda su bella claridad la doctrina de la Iglesia respecto de la adoración que debemos tributar al Santísimo Sacramento.

10. Pero es preciso que ahondemos más en el asunto. Podría alguno decir que muy puesto en razón está el que se adore con el culto supremo de que venimos hablando á Jesucristo presente en el Sacramento, haciendo abstracción de adorar las Especies sacramentales.

Sin duda es éste un error de consideración que necesito desvanecer por completo. En efecto; á la manera que, según declaré anteriormente, la santa Humanidad de Jesucristo, en cuanto está unida al divino Verbo, debe ser adorada con un culto de latría absoluto, así también las Especies eucarísticas, en cuanto constituyen con el Cuerpo y la Sangre vivos

(1) Trid. sess. XIII, can. 6.